

LUEGO EXISTEN

Francisco despierta pero no puede abrir los ojos. Siente mucho dolor. Finas cuchillas heladas danzan sobre su cuerpo y castigan con cortes, el estómago, el pecho y las piernas, aunque tiene la sensación de estar tumbado bocabajo sobre una cama de hielo escarchado. En cambio, lo que supone que es su espalda y a donde trata de girar la vista desorientado, recibe el calor de una poderosa fuente de luz que lo mantiene relajado. Cuesta trabajo respirar. Abre y cierra la boca de manera angustiada y con cada inhalación el hielo trincha su cuerpo. Escucha una voz a lo lejos.

—Recién llegado señora.

Francisco siente una mano que le acaricia el cuello con dulzura y recorre en un suspiro toda su espina dorsal para después levantar su cuerpo y colocarlo con la cabeza hacia abajo. Mira al frente y se encuentra una masa oscura delante de él. Parece un jersey de rayas verde y negro, pero lo ve todo borroso. Percibe dos imágenes diferentes que no terminan de mezclarse, como si cada ojo le funcionara de manera independiente y le impidieran enfocar el objeto que mira. De nuevo se deslumbra.

—Señora, este rodaballo es exquisito, recién traído de alta mar. No ve que aún está vivo —dice el pescadero girando el animal.

La Señora piensa que el pescadero le toma por imbécil: Esto es de piscifactoría seguro. Esta más verde que marrón. Me he tirado treinta años trabajando en un restaurante de la ría de Arousa para que venga el mentecato este a tomarme el pelo.

—Hermoso, ¿cómo puedes decirme que es de alta mar si está verde como la hierba? Se ve a la legua el color de granja de mar.

El pescadero piensa que la Señora le puede arruinar su credibilidad y el sobresuelo que pensaba sacarse con la venta de rodaballos gallegos criados en granjas marinas. Además, no conoce de nada a esta vieja estirada de abrigo naftalinoso y pelo lacado con olor a apestoso perfume burgués. El pescadero repasa su plan: llegar el primero al mercado de mayoristas, comprar una docena de los planos, redondos y exquisitos rodaballos y con los cuatro de mayor tamaño encerrarse durante unos minutos en el congelador situado en la parte trasera de su puesto de venta; allí, arrancarles las etiquetas plásticas insertadas en las branquias, ahumarlos con el fuego de un madero ardiendo y oscurecer la tonalidad y el color de la piel. Del verde claro al marrón claro. Un trabajo fino. ¿Y de dónde sale la lista esta de los cojones?

—Señora, esos ya los he vendido. A estos cuatro últimos si no les he dado salida

es por que están capturados en las costas de Inglaterra y por tanto son difíciles de encontrar, pero por ser usted y como vamos a cerrar en breve, se lo puedo dejar a mitad de precio; para que lo disfruten esta noche en esa exquisita cena que me ha comentado que va a dar. Señora es una ganga lo mire como lo mire. Observe qué color, qué piel más suave.

La Señora piensa que quizás no le falte algo de razón al pescadero. De hecho, siente que su vista ha perdido claridad y definición con los años y que a veces le cuesta diferenciar los colores apastelados. En cualquier caso, lo hará pasar por exquisito pescado salvaje ante sus insoportables y chismosos vecinos (no se atreverán a contradecirla) a los que no ha tenido más remedio que invitar a cenar por la ayuda que le prestaron con la rotura de la tubería del cuarto de baño que le inundó medio piso. Con los bomberos en casa acosándola a preguntas, pudo ver como su vecina abría los cajones del chifonnier del salón y fisgoneaba su exquisita cubertería de plata y como el esposo de ésta, curioseaba sin la más mínima vergüenza la colección de trofeos de golf de su marido; incluso se atrevió a sacarlos de la vitrina. La Señora echa mucho de menos a su marido. Se siente sola en este mundo. Deja caer una lágrima.

El pescadero piensa en los otros clientes que observan y hasta estudian el rodaballo que sostiene en el aire. Los clientes piensan que el pescado tiene muy buen color y que podrían hacer verdaderas delicias culinarias con él. “Yo al horno. Yo sazonado con pimentón y patatas. Yo al pil-pil de hongos.”

¿Rodaballo? Francisco recuerda. El pasado verano lo comió a las brasas en una playa tras pescarlo a pulmón con su rifle submarino de cabezal de doble goma y haberle acertado justo en medio de los ojos. Esos dos ojos extraños que te miran como si estuviera loco. Fue la pesca más fácil de su vida. Allí estaba el pez, *el gran sol*, más de ocho kilos de carne marina mal escondidos entre la arena y esperando a ser ajusticiado y comido. Lo disfrutó, le gustó su sabor. Exquisito, recuerda.

El pescadero piensa que no es muy profesional que le puedan ver nervioso, pues empieza a temblar y a sudar ante la indecisión de la Señora y da la vuelta al pescado para enseñar su vientre blanco a la vez que levanta un cuchillo de manera amenazante para distraer a la clientela.

—Señora, no tenemos todo el día, decídase de una vez que hay gente esperando —reclama el pescadero dispuesto a preparar el rodaballo si la Señora tiene a bien tomar una resolución sobre el tema.

La Señora piensa que en cualquier caso su marido gastaría lo que fuera para una

ocasión especial como es agradecer la bondad de los vecinos. A pesar de, sin la ayuda de estos, su parquet y más de un mueble de la casa estarían destrozados.

—Esta bien, si lo deja a ese precio me lo llevo, pero por favor destrípemelo y hágame filetes con él.

—Faltaría más, Señora.

El pescadero piensa en el negocio y sonrío dispuesto a filetear el rodaballo. Pero se acuerda del mal corte dado a los últimos pescados. Así que coge otro gran cuchillo y comienza a hacerlos bailar el uno contra el otro para buscar el afilado más fino posible.

Francisco sufre con destellos de luz intermitentes que le siguen cegando la mirada. Hace un gran esfuerzo y mueve los ojos hacia un punto fijo y oscuro en la pared; y cuando las imágenes que llegan a sus pupilas se encadenan, justas y exactas, una encima de la otra, la escena se le presenta nítida ante sus ojos. Aterrorizado ve como un señor situado frente a él blande un gran cuchillo dispuesto a dejarlo caer sobre su cabeza.

De pronto, el rodaballo mueve sin parar sus redondeadas aletas dorsales ante el pasmo del pescadero y su clientela que se apartan asqueados. Levanta el cuerpo a saltitos del escarchado muestrario donde se expone junto a sus congéneres marinos.

—¡Está fresco! —vocifera el pescadero

—¡Está vivo! —chilla uno.

—¡Va a volar! —grita la otra.

El rodaballo, a la manera de un ala delta, se deja caer del puesto de venta de pescados y planea hasta el centro del pasillo donde el gentío, que en ese instante abarrota el mercado, sale huyendo a gritos para no dejarse tocar por la extraña especie voladora. Los chillidos son ensordecedores. Los unos empujan a los otros. Varias señoras ruedan por los suelos. El rodaballo aterriza en el frío mármol y comienza a caminar con torpeza tratando de levantar el vuelo. Abre y cierra la boca con ansiedad, enseñando sus pequeños y afilados dientes lo que junto a sus desparejados ojos le imprimen un chusco aire de alimaña enajenada. Un pasillo humano le va abriendo hueco y le deja caminar a sus anchas, mientras recibe una lluvia de escupitajos, naranjas, tomates, pepinos, coliflores.

Francisco se acuerda de Jeff Goldblum, el de la película de *La mosca* que vio hace dos días: Me cago en mi puta vida. Esto es una estupidez. No me puede estar pasando. ¡Quiero despertar!

Hortensia piensa en Francisco. Ayer, este, empezó a acosarla y a meterle mano;

los dos aprisionados en el kiosco de la Once que él había cerrado por dentro. Ella no quería. El huele mal. No se lava, no se ducha. Pero con tal de no montar un espectáculo se dejó hacer mientras seguía atendiendo a los clientes. Sentía su repugnante mano sobre la vagina, sobre sus pechos. Después la llevó hasta un callejón sin salida. Y sintió asco, mucho asco. Y observó, mientras paseaba con los boletos en la mano por el pasillo del mercado, cómo una pequeña y muy desenfocada figura oscura corría por el suelo hacia ella. Apretó un botón de su bastón blanco y de la punta de éste salió lanzado un fino estilete de unos cinco centímetros que clavó con saña sobre la cabeza de la cosa moviente. Justo entremedio de los ojos.

—¡Qué asco! ¿Desde cuando las ratas se pasean por el mercado? Esto está cada día peor.

JB-2010